

# Una bisagra para las transformaciones de la vida moderna: el fenómeno de la moda en un mundo oxidado

Nathalie Goldwaser Yankelevich<sup>(1)</sup>

---

**Resumen:** En el presente artículo se utilizarán dos metáforas que permiten comprender y explicar algunos de los elementos esenciales que hacen a la vida moderna.

¿Cómo es que se sostiene una modernidad que se *oxida* una y otra vez pero que se renueva infinitamente? Bajo una metodología helicoidal, hemos abrevado en autores de siglos muy distantes con el objetivo de demostrar la hipótesis: siempre hubo modernidad, sólo que sufrió oxidaciones y que cada presente se encargó de recomponer, restaurar para que no perezca.

El fenómeno de la moda actúa así como la *bisagra* que coadyuva a introducir innovaciones y, al mismo tiempo, impone cuotas de olvido de costumbres y tradiciones pasadas.

**Palabras clave:** modernidad – capitalismo – fenómeno de la moda – encadenamiento infernal.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 69]

---

<sup>(1)</sup> CONICET – Centro de Estudios del Habitar Popular – Dpto. de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad Nacional de Avellaneda. Doctora en Ciencias del Arte (París 1 – Panthéon Sorbonne) y Doctora en Ciencia Sociales (UBA). Magister en Comunicación y Cultura y Licenciada en Ciencia Política (UBA).

*...la señal distintiva de las obras que cuentan como modernas es «lo nuevo», que será superado y quedará obsoleto cuando aparezca la novedad del estilo siguiente. Pero mientras que lo que está simplemente «de moda» quedara pronto rezagado, lo moderno conserva un vínculo secreto con lo clásico.*

Jürgen Habermas (1986: 21)

## Introducción

El título del presente artículo tiene el objetivo de postular algunas ideas-fuerza. Vale la pena explicar, no obstante, las metáforas que aquí se proponen. Para comenzar, la noción de *oxidación*. Esta se genera cuando el metal entra en contacto con el oxígeno. Es una reacción superficial que se produce en la faceta exterior, generando manchas de color marrón, rojizo o naranja, aunque pueden variar según la producción y los componentes químicos. Lo interesante de este concepto, si se toma el metal como la metaforización de un tipo de modernidad, al menos en modo retrospectivo, es que nos permite preguntar por la resistencia y durabilidad de esta; pero además los déficit para su mantenimiento de determinados elementos propios de aquel escenario que pueden poner en riesgo la vida de las personas.

Nos parece indicado relacionar la modernidad con lo material o, mejor, con la materialización de esta época moderna.

Es únicamente la modernidad la que, desarrollando y elaborando en *términos puramente terrenales y seculares* la herencia judeocristiana (la idea de la historia como historia de la salvación articulada en creación, pecado, redención, espera del juicio final), *confiere dimensión ontológica* a la historia y da significado determinante a nuestra colocación en el curso de la historia. (Vattimo, 2000: 11; cursivas nuestras).

Con lo cual se acepta lo que podría caracterizar específicamente un tipo de modernidad: la idea de una historia con sus corolarios, los conceptos de progreso y de superación. Así, la novedad, lo nuevo, lo novedoso (que suele ser incorporado a un momento “posterior”, la posmodernidad) es un elemento más dentro de la línea de lo moderno -siguiendo el epígrafe del presente artículo-; una imposibilidad de disolver la noción de una eterna innovación al interior de la cultura material de la modernidad. De allí, la posibilidad de la oxidación.

De hecho, son los objetos que se ponen de moda, como la invención de la prensa de imprenta moderna (Gutenberg), lo que hace posible aquello que Habermas (1986: 22-23) definió: el término ‘moderno’ expresa una y otra vez la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la antigüedad, a fin de considerarse a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo.

En 1863, Charles Baudelaire define a la modernidad como lo transitorio, lo fugaz, lo contingente. El autor para “pintar la vida moderna” se refiere a lo bello, la moda y la felicidad. En él hay un exhorto por atender lo particular, lo circunstancial y los rasgos de las costumbres. Estas últimas de importancia siempre que refieran al tiempo presente que es, para Baudelaire, representado por lo efímero, lo banal. De este modo, “el pasado (...) recuperará la luz y el movimiento de la vida, y se hará presente” (Baudelaire, 2014: 9). Para la época moderna, la moda, en tanto envoltura entretenida, estimulante, atractiva hace posible digerirla, apreciarla y la convierte en apta para la naturaleza humana.

En el apartado “IV. La modernidad”, el poeta y ensayista francés decimonónico refiere a un hombre solitario (que podríamos denominar “dandy”, figura intrépida como inquietante)

“en el gran desierto de hombres” cuyo objetivo general es la búsqueda de la modernidad, en detrimento del placer fugaz de las circunstancias. Pero ¿qué busca allí? “...rescatar de lo histórico cuanto la moda contenga de poético, de extraer lo eterno de lo transitorio” (Baudelaire, 2014: 21), y lo eterno que conforma la modernidad que implica los históricos que lograron pervivir a la oxidación del tiempo.

La modernidad es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno e inmutable. Todo pintor antiguo tuvo su modernidad: casi todos los bellos retratos que conservamos del pasado están vestidos con trajes de su época. Son perfectamente armoniosos, porque el traje, el peinado e incluso el gesto, la mirada y la sonrisa (cada época tiene su porte, su mirada y su sonrisa) forman un todo de consumada vitalidad. (Baudelaire, 2014: 22).

La hipótesis que nos acompaña pareciera cumplirse: siempre hubo modernidad, sólo que sufrió oxidaciones y que cada presente se encargó de recomponer, restaurar para que no perezca. “(...) para que toda modernidad sea digna de volverse antigüedad, es preciso que se destile la misteriosa belleza que, sin proponérselo, la vida humana deposita en ella” (*op. cit.*: 23).

Aquí se denota entonces la imposibilidad de pensar múltiples modernidades atravesadas por un fenómeno en común: el de la moda.

Este atravesamiento está mediado por la segunda metáfora que proponemos, el de la *bisagra*. El fenómeno de la moda tiene a cada lado de la bisagra la novedad y la caducidad. En otras palabras, la moda es un fenómeno único, forma parte del herraje abisagrado que la modernidad conllevaría, porque, a pesar de las imposiciones sociales, se produce un antagonismo entre la unificación igualitaria y el afán de destacarse.

La metáfora de la bisagra intenta demostrar la transición paradigmática entre una modernidad y otra. La moda viene a traer una modernidad occidental tensionada por la dinámica entre la regulación y la emancipación socio-cultural.

Suele pensarse que la moda es una manera de tiranía sin sanciones/regulaciones explícitamente definidas. Sin embargo, evadir sus imposiciones tiene costos socioculturales y psicológicos comunitarios para todo ser social. Una suerte de «encadenamiento del alma», siguiendo un planteo metafórico. De allí que pensar la existencia de una bisagra entre la modernidad y la moda puede liberar de ciertas rigideces que suelen configurarse en dogmatismos.

La moda, pareja en esto al derecho, actúa sólo sobre las exterioridades, sobre las facetas de la vida orientadas hacia la sociedad. Esto hace de ella una forma social de una admirable utilidad. *Ofrece al hombre un esquema en que puede inequívocamente demostrar su sumisión al común*, su docilidad a las normas que su época, su clase, su círculo próximo le imponen (Simmel, [1905] 2015: 67; destacado nuestro).

Abrevamos en citas de autores de fines del siglo XIX, de principios del XX y del XXI porque consideramos que es desde allí que se puede avizorar una época de consolidación de la convergencia entre la modernidad y distintos capitalismo: la correlación entre energías emancipadoras de aquellas más reguladoras. Así, la modernidad ingresa en un proceso que se debate entre lo nuevo y lo efímero *versus* la perennidad que genera la sensación de muerte o la muerte misma.

La discontinuidad es propia del fenómeno de la moda, un interregno, un tiempo efervescente pero preparatorio de nuevas e intensas innovaciones que implican una insoportable adaptación.

En definitiva, para poder definir aquel fenómeno es preciso ubicar sus componentes: la incesante incorporación de lo nuevo y la novedad en tanto “máquina o engranaje infernal” entre lo que se retoma del pasado (la tradición, las costumbres), se instala aparentemente de manera no violenta en el presente y debe fenecer en el futuro con el fin de convertirse en un nuevo hábito o costumbre, para que ella (la moda) pueda renacer (Cfr. Goldwaser Yankelevich, 2022). Así, la moda ya no se rige por el curso de tiempo lineal y diacrónica de un tránsito del pasado al presente y de ahí al futuro. Por el contrario, nos obliga en el tiempo presente recordar al menos alguna porción del pasado, de la tradición o de alguna costumbre, pero allí mismo ser conscientes que eso que se pone “de o a la moda” debe morir y caducar, única noción factible de futuro. Aquel porvenir solo es posible en la medida en que, de forma espiralada, se vuelve al pasado para reconocer lo olvidado, para ensalzar aquello que puede instaurarse en el presente como novedad...

En este sentido, nuestra metodología es *helicoidal*, esto es, lejos de entender una “historia/historiografía de la moda” de forma unidireccional (como suelen hacer algunos/as autores/as que la historizan por su corteza, por la evolución de las prendas de vestir); se propone un recorrido que no tiene un origen o un principio, y un fin. Por el contrario, es preciso utilizar las herramientas de un método (cfr. Goldwaser Yankelevich, 2022) que permite observar la resurrección corrosiva de un aspecto del pasado, convertida en una “buena” novedad aparente, para ser consumida, mercantilizada en el presente, suponiendo una realidad de un retorno de lo artificial. La imagen de ese pasado es una apariencia representacional que la moda adopta como verdadera. No obstante, estamos ante un “enigma”. El recorte en este artículo mostrará que la modernidad a la que hacemos referencia es un acto reflejo y se encuentra asociada al fenómeno de la moda, esta no desde sus arquetipos (la indumentaria, el ornamento), sino a partir de reparar que el vínculo moda – modernidad es productivo en la medida en que se observe cuál es el poder (político) que la primera adquiere.

## **El fenómeno de la moda y el *pasado* para concebir a la modernidad**

¿Cómo es que se sostiene una modernidad que se degrada, que se oxida vez a vez y se renueva infinitamente? ¿Son muchas modernidades o es la misma restaurándose, conservándose de manera autárquica? Insistimos que nos parece imposible caracterizar unívoco-

camente nuestra confusa modernidad occidental y capitalista. Puede vérsela como una época de síntomas vacíos, fugaces, y con alto grado de desvanecimiento y “cosa efímera” ante la fuerte presencia de un individualismo de signos distintos como quienes refuerzan la idea de la democracia o quienes la atacan en nombre del progreso avalando más la organización social espontánea que la organización jurídico-política. Las distintas modernidades -si preferimos esta pluralidad- nos provocan más preguntas y problemas que respuestas y soluciones.

En este sentido, se hace fuerte hincapié en la comprensión del fenómeno de la moda como un “abigarrado complejo entre novedad y caducidad, entre discontinuidad y destino, entre irreverencia y reproducción social” en una Era moderna (Goldwaser Yankelevich, 2022, p. 19). Es decir, aunque quisieran “tapar el sol con las manos”, y suavizar el poder de la moda, es inevitable el efecto que produce.

Estudiar este fenómeno es, metafóricamente, entender las capas que se van oxidando y reconstruyendo infernalmente, es decir, la corteza, luego el manto hasta llegar al núcleo. Este actúa en diálogo con un tipo de modernidad, une los extremos de la curva quebrada de lo moderno.

Una de esas capas es *la tradición*, repetir incesantemente lo que siempre se ha hecho, una repetición de algo que sucede muchas veces. Puede tratarse de algo nuevo, siempre y cuando haya tiempo para adquirir conocimientos empíricos mediante el ensayo y el error; pero cuando el tiempo apremia, los problemas son nuevos, abruma el saber hacer que la tradición ofrecía a cada momento conmoviendo los cimientos de ella. Cuanto más se debilita la tradición, más obligados nos vemos a negociar y a elegir nuevos hábitos que en el futuro pueden convertirse en costumbres. Giddens (1996) prefiere llamar a esta época “postradicional”, en lugar de “posmoderna”.

La modernidad es un orden post-tradicional sin que por ello haya que confundirlo con un marco social en el que las seguridades y hábitos de la tradición han sido reemplazados por la certidumbre del conocimiento racional. Sin duda, la razón crítica moderna atraviesa la vida social tanto como la conciencia filosófica y constituye una dimensión existencial del mundo social contemporáneo. La modernidad institucionaliza el principio de la duda radical e insiste en que todo conocimiento toma la forma de hipótesis: estas pueden acceder a la condición de verdad aunque, en principio, siempre están abiertas a la revisión y determinados puntos del análisis pueden ser abandonados. (...) en el marco de lo que denomino modernidad “superior” o “tardía” -nuestro mundo de *la presente cotidianidad*- el sí-mismo, como los contextos institucionales más amplios en los que él existe, tiene que hacerse reflexivamente. Sin embargo, esta tarea debe llevarse a cabo entre una confusa diversidad y oposiciones y posibilidades. (Giddens, 1996: 35; destacado nuestro).

El fenómeno de la moda acude a eliminar todo aquello que sea “post”. Este cumple un rol fundamental para que el individuo desempeñe su papel por sí mismo, por ende es una modernidad en la que todo se vuelve modificable y experimental.

Por tanto, si ante una nueva necesidad o urgencia presente -con una supuesta ausencia de herramientas ya existentes, tradicionales-, la modernidad instala efectos nocivos como el olvido. Así, lo que aparenta ser una transformación justificada es, por el contrario, un cambio caprichoso y esto gracias al poder de la moda de generar una reversión de su propio objetivo de volver a renacer.

Así, la reactualización del pasado es permanente, aunque interrumpe sorpresivamente el camino de la tradición.

A partir de un pensamiento crítico por demás necesario, Benjamin, fundamentalmente en el *Konvolut B* «Moda» de su *Libro de los Pasajes* (*Passagenwerk*, 1927-1940), ofrece unas abigarradas páginas consagradas al concepto en cuestión. No sin descuidar la “Tesis XIV” de su último ensayo «Sobre el concepto de Historia» (de 1940).

Aunque diferentes respuestas pueden ofrecerse para explicar por qué una figura tan ornamental y carente de tradición filosófica como el fenómeno de la moda alcanza en el último Benjamin un rango central, podemos arriesgar aquí que se trata -para el pensador berlinés- de un concepto bisagra, inscripto como pocos en lo que Koselleck (1993) llamaría posteriormente *Sattelzeit*, para apuntar a una inflexión, a una *bisagra o umbral entre dos épocas*. En efecto, si los antiguos desconocieron la moda, este fenómeno se inscribe intensa y ambiguamente en la modernidad, como un Jano de múltiples dualidades superpuestas, en una formación típicamente moderna, tal que ninguna meditación crítica que aspire a un diagnóstico de lo moderno podría en verdad ahorrarse una explicación con la moda. Entre estas ambigüedades se encuentra la peculiar forma en la que la moda entreteje una cierta triangulación entre lo novísimo, lo tradicional y lo antiguo. (Goldwaser Yankelevich & Naishtat, 2022: 140; destacado en el original, subrayado nuestro).

De Benjamin rescatamos aquella afirmación según la cual “la moda hace una referencia a la costumbre tradicional, pero al mismo tiempo deja claro que no se para ante ella” (Benjamin, 2016: 100 [B 4 a, 3]).<sup>1</sup> Son imposiciones sin márgenes de elección. Nos vemos oxidados, y ante ello debemos aceptar la moda, esto es: lo vetusto renacido en pura innovación.

## **El fenómeno de la moda y el futuro de la tradición en el presente moderno**

El trinomio moda-presente-modernidad nos lleva a advertir que el primero de los elementos de esta bisagra es la caducidad y la muerte. Aquella bisagra se va oxidando en la medida en que debe hacer un pase magnético del pasado al futuro para que construya presente. Y esto sin duda genera cambios en el espacio público en el que se despliega aquella moda-modernidad. Para que esa bisagra esté aceitada, el primer elemento debe combinarse con el efecto de renacer *ad infinitum* y para ello el olvido se hace (en el) presente.

Porque el recuerdo de un *modelo original* -si acaso existe algo así como “lo original”- debe ser trastocado, olvidado para reversionarse exento de una referencia histórica que las generaciones futuras entronizarán como escenario “natural” y sin fisuras.

Una obra muy poco revisitada, pero con una inactualidad<sup>2</sup> inusitada es el *Diálogo entre la moda y la muerte* de Giacomo Leopardi (forma parte de las *Operette morali*, escritas entre 1823 y 1828). A través del intercambio irónico entre sus dos personajes, “La Moda” y “La Muerte”, caracterizadas como “hijas de la caducidad”, el texto leopardino desenmascara la novedad de lo moderno en el umbral del siglo XIX, en medio de mutaciones modernas en torno a la industria, la mercancía, lo político y la “nueva” cultura. “Leopardi desnuda a su siglo a través de esta danza de la moda y la muerte, exhibiendo en sus compases, de sus afinidades electivas, la historia natural de la destrucción como *facies* macabra de la modernidad misma” (Goldwaser Yankelevich & Naishtat, 2022: 138). Pues la moda desarrregla, bajo su propia naturaleza y usos comunes, ese mundo que continuamente se oxida y vuelve a componerse al renovarlo incesantemente. El sujeto de ese mundo, que carga con el peso de las costumbres, de las tradiciones heredadas se ve turbado ante la caducidad y vigencia de algunas aristas de ellas.

MODA: Además de esto he impuesto en el mundo tales órdenes y costumbres que la propia vida, *tanto en lo referente al cuerpo como al ánimo, más está muerta que viva*; tanto que, en verdad, se puede decir que éste es, enteramente, el siglo de la muerte (Leopardi, 2014: 16-17).

En *París, capital del siglo XIX*, Benjamin afirmó que “la modernidad cita siempre a la prehistoria” (Benjamin, 2016: 45). Y la moda, en aquel presente, coadyuva en un diálogo subrepticio e invisible con la modernidad. Esta, si pretendemos dar una de sus características que consideramos esenciales, observa y revisa una y otra vez el mundo para rehacerlo todo “a nuevo”, desmagificando o desencantando -parafraseando a Max Weber en los *Ensayos sobre sociología de la religión*- las imágenes del mundo moderno que tiene, como segunda característica esencial la separación de las esferas de valor en las que el sujeto actúa bajo una ética que se ajusta a ellas, cuando éstas se renuevan incesantemente (la esfera política, la jurídica, la estatal, la esfera del arte, la esfera estética, la erótica). En esta modernidad, el individuo se disloca, y comienza un proceso de oxidación hasta que vuelve a ingresar para aceitar los engranajes a través de imitar cosas muertas como modo de reintroducir un aspecto natural de esta vida superficial y efímera, sentirse cómodo abandonándose sin resistencia al entorno, contra las cuales hace mucho tiempo se nadaba en vano, y abandonarse a ellas, al punto de perder toda conciencia de este abandono (Cfr. Tarde, 2011).

Por tanto, si este apartado pretende comprender el binomio *presente – modernidad* es evidente que estar en ese escenario implica un “estado de novedad e innovación” permanente, en una especie de “fingir amnesia” de aquellas antiguas costumbres que, sin embargo dejan vestigios que ya no se recuerdan, reactualizando o reversionando aquel pasado, inintencionalmente. “La sociedad es la imitación, y la imitación es una especie de sonambulismo”, en palabras de Tarde (2011: 65).

Y es aquí donde interviene la moda dentro de aquel binomio: introduce una sustitución gradual de las costumbres y tradiciones en un presente que se disuelve en una amalgama amorfa para preparar la novedad. La antigua forma social se oxida y vuelve a aceitarse. Cuando la *magnetización-moda* sustituye a la *magnetización-costumbre*, síntoma normal de una revolución social que comienza, se produce un fenómeno análogo, sólo que a mayor escala (Tarde, *op. cit.*: 60). Los efectos artificiosos en el presente no están a la vista... Pero sí pueden observarse las ruinas del pasado que tonifican y empoderan a la modernidad, ya que la moda magnetiza, genera una inmersión automática que permite no cuestionarse las acciones a cada paso. La moda vence. La moda de una supuesta libertad de elección, finalmente devora a la mismísima libertad, tan reverenciada en la actualidad. Esto sucede en la medida en que se introducen nuevos códigos que el sujeto debe aprehender a cada instante, casi automáticamente, desmantelando a la memoria de las tradiciones y el pasado. En definitiva, es la catástrofe de la memoria y el fin de los modelos los que conmueven los cimientos. De allí que afirmamos que el fenómeno de la moda en la modernidad tiene un poder político de gran magnitud.

### **La inmunización del futuro de la modernidad por la moda**

Parafraseando a Baudelaire, la *edad Moderna* presta a la totalidad del pasado (ya oxidado) la cualidad de una historia universal de progreso y bienestar. ¿Es la moda esa bisagra que permite creer en las promesas de la modernidad capitalista?

Para ello, es momento de introducir “los capitalismo” -en lugar de pensar a la modernidad en plural-. ¿Y por qué mencionar el primer concepto en plural? Porque dependen de las creencias que el sujeto puede depositar, por ende habrá un capitalismo por cada creencia/por cada sujeto. Cuando alguna de esas creencias colapsa, el consumidor-espectador camina a tientas entre las ruinas del pasado conocido, lo reversiona conforme adopte alguna moda que seduzca a la gran mayoría de la sociedad occidental. Esto sucede en parte porque el fenómeno (no el “sistema de la moda”<sup>3</sup>) es sumamente plástico con capacidad de absorber y metabolizar cualquier necesidad que el sujeto plantee. Parafraseando a Fisher (2020), es un extraño híbrido de lo ultramoderno y lo arcaico. El capitalismo siempre logró el “efecto moda”: cada vez que es aniquilado por quienes lo critican, se readapta creando nuevos objetos-necesidades-deseos, a fin de que se incorporen como costumbres.

Sometida cada vez más a las leyes objetivas de la estructura económica. No aparece aquí o allá un artículo que luego se hace moda, sino al revés: se producen artículos con la intención de que sean moda. En ciertas ocasiones, hay como la exigencia “a priori” de una nueva moda, y al punto se encuentran inventores e industrias que trabajan exclusivamente en llenar ese hueco (Simmel, 2015: 38).



Se plantea así el debate modernidad/modernismo o posmoderno/posmodernismo, que tan extensamente esbozó Jameson (1986: 185) en relación estrecha con el de este “nuevo momento del capitalismo tardío, de consumo y multinacional”. Los sentidos del capitalismo, y las creencias posadas sobre estos, producen asimismo la desaparición de un *sentido de la historia*, que es la forma de perder, en nuestro sistema social contemporáneo, la capacidad de retener su propio pasado, con lo cual el futuro es un espejismo ya que de ese modo se vive en un perpetuo presente.

Pero el fenómeno de la moda nunca es contemporáneo, está en la línea helicoidal de los *tempos* históricos, remite a un pretérito, a veces remoto, impreciso que desdibuja los límites de la memoria, arrasando con tradiciones.

Nuevos tipos de consumo; desuso planificado [obsolescencia programada] de los objetos, un ritmo cada vez más rápido de cambios en las modas y los estilos; la penetración de la publicidad, la televisión y los demás medios de comunicación de masas hasta un grado sin paralelo en la sociedad; la sustitución de la antigua tensión entre la ciudad y el campo, (...) el desarrollo de las grandes redes de autopistas y la llegada de la cultura del automóvil... (Jameson, 1986: 185).

La oxidación, como aseveramos, se manifiesta en aquello de “fingir amnesia” en un escenario en que la velocidad infocomunicacional genera a su vez la paradoja de una estandarización de todo lo que constituye la vida humana -desde los propios sentimientos, pasando por los bienes de consumo, los lenguajes “a la moda” y los espacios que se habitan y cómo se habitan-, estandarización que colisiona con la permanente mutabilidad de la modernidad. *Cuando todo se somete al perpetuo cambio de la moda y a la imagen en los media, nada puede cambiar ya nunca más*<sup>4</sup>.

## Conclusiones

Tal como expusimos, la modernidad emerge como la instrumentalización que se da en el mundo material a través de objetos (“a disposición” de las personas) que se renuevan. Parafraseando a Benjamin, no se trata de que ocurra “siempre otra vez lo mismo”, sino que es en la faz del mundo oxidado donde, precisamente, en aquello que es lo novísimo, la moda, jamás se altera en el núcleo, a pesar de que en la superficie vaya cambiando de color. Hemos intentado determinar los rasgos en los que se manifiesta la modernidad pivotando entre dos metáforas: la oxidación y la bisagra. La primera referida a la modernidad; la segunda, a la moda. Entre ellas, los tiempos históricos que arremeten frente a la modernidad y sus elementos intrínsecos: el pasado (la tradición, las costumbres), el presente (la novedad, la innovación) y el futuro (la caducidad, la muerte, lo obsoleto). Hay un vínculo que hemos logrado desentrañar, es decir, ya no es un secreto, como lo observó Habermas (1986).

De allí que la labor metodológica helicoidal acepta un recorrido de los *tempos* realizado a través de ciertos escritos contemporáneos, decimonónicos, o sumamente actuales. Es de-

cir, la problemática en cuestión nos permitió atravesar los conceptos *fenómeno de la moda – modernidad – capitalismo* a partir de autores tales como Fisher, Habermas, Baudelaire, Benjamin, Simmel, Tarde, Jameson, entre otros, para volver a “pintar la vida moderna”, mostrando el estatus de su oxidación y cómo se compone una y otra vez, a pesar de su discontinuidad que es propia del fenómeno de la moda y que obliga a una insoportable adaptación permanente, o la exclusión *in toto*.

Hemos podido descifrar el enigma. El supuesto acto reflejo al que hacíamos referencia no es más que los impulsos que genera el “efecto moda”, mientras los sujetos asistimos a esta modernidad y percibimos, de manera individual, un tipo de capitalismo que nos asfixia y nos obliga infernalmente a adaptarnos cada vez. Pues allí está el poder político de la moda: administrar los modos de introducir la novedad, calcular los medios materiales de producción y reproducción de la vida, incluir – excluir.

Los tiempos presentes son una muestra acabada del sometimiento al que estamos inmersos: se instalan slogans, se arengan conceptos pasados, antiguos o vetustos pero bajo otros signos. Significados que reactualizan o regeneran una modernidad “postradicional” (Giddens, 1996), que impone, haciéndonos creer que hay un margen de elección, de libertad.

Estamos en escenarios simultáneamente novedosos y caducos. Allí se da una tensión entre el olvido y la memoria; entre lo que era pasado, tradición y lo que se necesita olvidar para que se convierta en pura innovación: ese es el proceso corrosivo de la modernidad y efectivamente la oxidación (cuyo contrario es la “reducción”) es un efecto de ganancia y pérdida. Se gana oxígeno a cambio de una disminución de electrones que corroen la superficie. Es toda una paradoja como el antagonismo que genera el fenómeno de la moda y que hace a una confusa modernidad: la búsqueda de igualarse frente a la necesidad de diferenciarse, la dinámica de la regulación y las normas frente a la emancipación y la libertad. En todo caso estamos ante escenarios capitalistas turbados. Estos nos obligan permanentemente a negociar entre el olvido y la memoria para hacer vivible un mundo invivible o en todo caso evitar aquello que implica “fingir demencia” para retomar aquellos elementos de la tradición que permiten poner un límite a la revolución (efímera) que nos propone a cada instante el fenómeno de la moda.

## Notas

1. En contraposición a la siguiente postura: “La moda no es tanto signo de ambiciones de clase como salida del mundo de la tradición; es uno de los espejos donde se ve lo que constituye nuestro destino histórico más singular: la negación del poder inmemorial del pasado tradicional, la fiebre moderna de las novedades, la celebración del presente social”. (Lipovetsky, Gilles, 2019: 11).

2. Este concepto es fundamental para la comprensión no solo de la modernidad, sino también del fenómeno de la moda ya que en ambos observamos que el tiempo está fuera del tiempo lineal, recto u horizontal que va del pasado hacia el futuro. La inactualidad, acompañada por el sentido de leer la historia de forma helicoidal, implica una concepción

de un horizonte abierto por el devenir; todo lo contrario a lo que la historiografía clásica o dogmática suele realizar respecto a la historia de ciertos conceptos.

3. Nos referimos a Barthes, Roland, *Système de la mode*, Francia, Éditions du Seuil, 1967.

4. Esta referencia pertenece a Frederic Jameson, citado por Fisher (2020: 95).

## Bibliografía

- Baudelaire, Ch. ([1863], 2014). *La modernidad es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente*. Buenos Aires: Taurus Great Ideas
- Benjamin, W. (2002). "Sobre el concepto de historia". En: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia* [traducción, introducción y notas Pablo Oyarzún Robles], Chile: Universidad de ARCIS y LOM Ediciones
- Benjamin, W. (2016).. *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal
- Fisher, M. (2020). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja negra
- Giddens, A. (1996). "Modernidad y autoidentidad". En: J. Beriain, (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*. Barcelona: Anthropos, pp. 33-72.
- Goldwaser Yankelevich, N- (2022). *La moda, revolución efímera*. Buenos Aires: Las cuarenta
- Goldwaser Yankelevich, N.; Naishtat, F. (2022). "La moda, Jano en movimiento: novedad y muerte en la aceleración del tiempo moderno". En: *Revista el Hilo de la Fábula*, 20(23), enero-junio, pp. 135-145.
- Habermas, J. (1986). "La modernidad, un proyecto incompleto". En : J. Baudrillard ; D. Crimp ; H., Foster ; et al. *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, pp. 19-36.
- Jameson, F. (1986). «Posmodernismo y sociedad de consumo». En: J. Baudrillard ; D. Crimp ; H., Foster ; et al. *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, pp. 165-186.
- Leopardi, G. (2014). *Diálogo de la moda y de la muerte. Das muestras de no conocer el poder de la moda*. Ciudad de Buenos Aires: Taurus Great Ideas
- Lipovetsky, G. (2019). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama
- Simmel, G. ([1905], 2015). *Filosofía de la moda*. Madrid: Casimiro
- Tarde, G. (2011). *Creencias, deseos, sociedades*. Buenos Aires: Cactus
- Vattimo, G. (2000). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa.

---

**Abstract:** In this article, two metaphors will be used that allow us to understand and explain some of the essential elements that make up modern life.

How is it that a modernity that rusts again and again but is infinitely renewed is sustained? Under a helical methodology, we have drawn on authors from very distant centuries with the aim of demonstrating the hypothesis: there has always been modernity, only it suffered

oxidation and that each present was responsible for recomposing, restoring so that it does not perish.

The phenomenon of fashion thus acts as the hinge that helps introduce innovations and, at the same time, imposes quotas on forgetting past customs and traditions.

**Keywords:** modernity – capitalism – fashion phenomenon – infernal chain.

**Resumo:** Neste artigo serão utilizadas duas metáforas que nos permitem compreender e explicar alguns dos elementos essenciais que constituem a vida moderna.

Como é que se sustenta uma modernidade que enferruja continuamente, mas que se renova infinitamente? Sob uma metodologia helicoidal, recorreremos a autores de séculos muito distantes com o objetivo de demonstrar a hipótese: a modernidade sempre existiu, só que sofreu oxidação e que cada presente foi responsável por recompor, restaurar para que não perecesse.

O fenómeno da moda funciona assim como a dobradiça que ajuda a introduzir inovações e, ao mesmo tempo, impõe quotas ao esquecimento de costumes e tradições passadas.

**Palavras-chave:** modernidade – capitalismo – fenómeno da moda – cadeia infernal.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por su autor]

---